

Otra estrella

Mauricio intentó calmar el llanto de Ernestina, a quien pretendía desde hacía dos años. Regresaban de visitar la tumba del “Niño Séneca”.

Sollozaba ella sobre su hombro y mientras que él pedía disculpas por la insistencia de sus sentimientos, acariciándola con la mirada, ella no hizo otra cosa que hablarle de Ignacio, reviviendo su presencia. No llegó él a conocerle bien, aunque ambos asistieron a la escuela del pueblo. No eran del mismo curso y después de aquellos años tan jóvenes le perdió la pista. Sólo recuerda que era un soñador, un distraído con la cabeza llena de pájaros por lo que se decía. De rostro aniñado, y con ese aspecto tierno de uno de los angelotes rubios de Murillo, le veían constantemente rodeado de muchachas que, como ella, se disputaban el lugar por sentarse más cerca. No hablaba mucho y cuando hablaba, su lengua suave y precisa, vertía una serie de palabras que encandilaba a las chicas. Nadie logró saber nunca cómo ni dónde las pudo haber aprendido. “Sé que hay un más allá..., –dijo una vez–. Y no me refiero en el tiempo, o en la vida eterna, como nos dice el cura en la iglesia los domingos, sino en el espacio que vemos, es un conocimiento mucho más profundo, semejante al de una saeta que atraviesa los cuerpos del universo”.

¿De dónde sacaría esas conclusiones, quien, como él, nunca salió de aquel pequeño y estrecho lugar? Esta era la pregunta más común que se hacían todos o casi todos, incluso el maestro decía que el chico filosofaba con frecuencia. El maestro trataba de infundir algunas ideas en las cerradas molleras de los hijos del pueblo –ganaderos y labradores– y se le veía un tanto desbordado por las cosas que planteaba Ignacio con tanta soltura, optó por rebautizarle un día con el sobrenombre de “Niño Séneca”. Toda la clase se rió coreándole, y el mote se le quedó ya para siempre.

“Es que no dejáis volar a la imaginación, –vino a decir el Niño, en otra de las pocas ocasiones en que se dignaba abrir la boca–. Alguno de vosotros se asombrará, sin duda, de ver las cosas que hay en una gran ciudad o de lo que se encuentre en otro país, si logra marcharse de aquí, pero ¿será alguien capaz de asombrarse por el simple hecho de hacer un viaje hacia su interior, a la propia mente? ¡Salid de casa una noche, cualquier noche despejada y mirar a las estrellas! Millones de otros mundos os contemplan, ¿para qué creéis que están ahí, tan distantes, tan lejanas?... Viajar hasta cualquiera de ellas, ¡sin miedo!, con la mente podéis hacerlo. Y ahora, podéis decirme... ¿qué se ve desde allí? Millones de luces parpadean en el espacio. ¿Es otro espacio? No, es otra cara del universo, donde sólo queda preguntarse: ¿dónde estoy?, ¿qué soy yo?, o de un modo mucho más simple, ¿seré alguna vez el reflejo de una estrella?”.

Ernestina se calmó al ver enjugadas sus lágrimas con esa delicadeza de la mano cariñosa del amigo y al encontrar la mirada del hombre evadida, como en otro lugar, quiso también disculparse. Pidió perdón por seguir dando largas a aquello que parecía inevitable, las relaciones entre ambos. Él se había puesto a su lado desde el primer momento para darle ánimos y consolarla por la pérdida de su marido. El Eros travieso lanzó entonces su flecha jugando con ventaja. No era ya ningún secreto para nadie, y menos para ellos que siempre se gustaron.

Lo extraño es que, después de tanto tiempo, dos largos años, no estuviera ella convencida aún de que Ignacio se había ido para siempre, aunque empezaba a echar en falta un poco de calor en su vida, en su cama... en sus propias carnes –aún jóvenes–, según le confesó a Mauricio en la intimidad.

El Niño se fue tal como siempre había existido. Enfermó y se fue de esta vida en un suspiro, con su última sentencia.

De lo que ella está segura es de que, haga lo que haga, cada anochecer seguirá saliendo al raso, acudirá en busca de un lucero brillante en el firmamento que, aun en la distancia, le venga a confirmar si el “Niño Séneca” está allí todavía, y llorará de gozo al ver el lucero parpadeando, repitiéndose aquellas sus últimas y hermosas palabras: “Te contemplaré eternamente, con el mismo brillo y furor desde el otro lado del universo”.

Pedro Mateos